Introducción

No resulta fácil dar una definición precisa del término «Evangelios apócrifos», ni tampoco de los escritos apócrifos en general. Para facilitar esta tarea podríamos decir que los «apócrifos» son todos los textos reunidos en la obra *Neutestamentliche Apokryphen* (NTApo: véase la Bibliografía general), fundada por Edgar Hennecke y actualizada por Wilhelm Schneemelcher. Pero con esta definición del concepto caeríamos en un círculo vicioso, pues la elección de los textos recogidos en dicha compilación depende ya de una precomprensión específica de lo que significa «apócrifo». Además, en las sucesivas ediciones de esta obra fundamental los contenidos han cambiado notablemente. La primera edición (1904) y la segunda (1924), por ejemplo, contenían los «Padres apostólicos»: la Primera y la Segunda cartas de Clemente, las Cartas de Ignacio, la Carta de Policarpo, la Carta de Bernabé, la Didajé, el Pastor de Hermas; por otro lado, también este grupo de escritos constituye un *corpus* reunido artificialmente, que debe el nombre de «Padres apostólicos» a una edición de los textos publicada en 1672. A partir de la tercera edición (1959) de *Neutestamentliche Apokryphen* se ha prestado más atención a los escritos de Nag Hammadi (*vide infra,* cap. 7). Por lo demás, en las primeras ediciones se añadieron algunos textos nuevos, que después se retiraron: por ejemplo, la Carta a Diogneto, las Sentencias de Sexto (ambos incluidos sólo en la segunda edición) y las Odas de Salomón (en las ediciones segunda y tercera).

Christoph Markschies, que está preparando una nueva edición de esta valiosa compilación de textos, ha propuesto recientemente que se hable de «apócrifos cristianos antiguos». El adjetivo «antiguo» señala que sólo se incluyen escritos de la Iglesia antigua –de hecho, en la

Edad Media y en la Edad Moderna se siguieron escribiendo apócrifos–, y el adjetivo «cristiano» quiere liberar al concepto de su fijación en el Nuevo Testamento. No obstante, sigue planteada la cuestión acerca de si de este modo se resuelven todas las dificultades terminológicas. También se pretende excluir de la nueva edición los escritos de Nag Hammadi –a los que pertenece el *Evangelio de Tomás,* que es objeto de tantas investigaciones– con la intención de publicar por separado una traducción completa de tales escritos.

El término «apócrifo» procede del griego *apó-kryphos* y significa, literalmente, «escondido», «oculto», «secreto». Aplicado a los escritos del cristianismo primitivo, puede tener dos significados que están relacionados entre sí, pese a ser contrarios:

1. El adjetivo «apócrifo» se aplica a las *revelaciones secretas* no incluidas en el *corpus* generalmente aceptado de los documentos de la revelación, pero que para determinados grupos tienen una importancia mucho mayor que las doctrinas reconocidas y aceptadas públicamente en la Iglesia. En este contexto, el término «apócrifo» tiene un sentido indiscutiblemente positivo, y es usado con este significado por Clemente de Alejandría, por ejemplo.
2. En contraste con esto, para los partidarios de la ortodoxia de la *Grosskirche* (la «Gran Iglesia»), que defienden un canon bíblico con límites precisos, «apócrifo» significa *«falsificado», «de poca confianza».* En el Decreto Gelasiano, que es una lista del canon bíblico establecida en el siglo VI, aparece «apócrifo» de manera estereotipada junto a una gran cantidad de escritos y significa «herético». La intención es dejar claro que los escritos así calificados no gozan de ningún tipo de autoridad.

En estos dos usos se establece una relación entre los escritos apócrifos y el canon del Nuevo Testamento, que fue definido fundamentalmente hacia finales del siglo III. Con respecto a una parte de los llamados apócrifos, especialmente los redactados en una fecha más tardía, hay que atribuir la debida importancia a un factor que llevó a su composición, a saber: los escritos neotestamentarios sirvieron como criterio; los autores de los apócrifos intentaron completarlos, desarrollarlos y llenar las supuestas lagunas; a veces la intención era hacer valer las ideas teológicas del autor, allí donde se diferenciaban del

Nuevo Testamento. Por esta razón se adoptaron los grandes géneros literarios del Nuevo Testamento: evangelio, carta, hechos de los apóstoles y apocalipsis.

No obstante, esta perspectiva no explica suficientemente un aspecto importante (y por ello la definición que Walter Rebell da de los apócrifos como «textos opuestos al Nuevo Testamento» es aplicable sólo a algunos de esos escritos, pero no a todos ellos). Algunos de los textos que llamamos «apócrifos» proceden del periodo primitivo y se convirtieron en apócrifos en una fecha posterior (como expresa Dieter Lührmann en el título de su monografía, *Fragmente apokryph gewordenen Evangelien* [«Fragmentos de evangelios que pasaron a ser apócrifos»]). Esto significa que su verdadero contexto vital es la amplia corriente de escritos del cristianismo primitivo que preceden al proceso de formación del canon bíblico. En aquel momento no había un canon que sirviera de criterio para los autores o para la valoración de sus escritos.

Hay una tendencia reciente –que no es exclusiva de la investigación norteamericana pero que está presente sobre todo en ella (cf., por ejemplo, Helmut Koester)– a argumentar que algunos textos «apócrifos» no sólo son tan antiguos como el Nuevo Testamento, sino que en realidad son más antiguos que los escritos reunidos en el canon. Llevada hasta sus últimas consecuencias, esta posición sostiene que los «apócrifos» fueron usados directamente como fuentes por los autores del Nuevo Testamento y que, por consiguiente, tienen una significación central para la reconstrucción de los orígenes históricos del cristianismo. Es extraordinariamente difícil sostener semejante posición no matizada, y tenemos que ser cautos con toda esta línea de pensamiento, pues se corre el peligro de reemplazar simplemente una ideología anterior, que estaba convencida de la superioridad del canon, por otra ideología de nuevo cuño, partidaria de una literatura (y un cristianismo) no canónicos, no ortodoxos y «libres». (A este respecto es muy elocuente la publicidad de John Dominic Crossan en la solapa del libro de Robert J. Miller: «Todo lo que necesitas para optimizar tu búsqueda del Jesús histórico»). Los juicios globales están aquí fuera de lugar. Más bien tenemos que examinar cada caso individual, y sólo después construir la hipótesis apropiada. Y aun cuando nuestra impresión general se oriente más en la dirección de la valoración anterior, ello no se debe en modo alguno a motivos apologéticos.

Por el contrario, es el estudio académico imparcial de esos textos lo que lleva a ese juicio.

Conviene presentar expresamente una opción metodológica que desempeña un papel en este contexto. Cuando comparamos evangelios «que pasaron a ser apócrifos» con evangelios «que pasaron a ser canónicos», tenemos que prestar más atención que los estudiosos anteriores a un fenómeno puesto de relieve por la investigación más reciente, a saber: la «oralidad secundaria» (véase a este respecto la importante obra de Samuel Byrskog). Las tradiciones orales, que en muchos casos fueron anteriores a los textos escritos, también siguieron transmitiéndose a la vez que los textos. Y es muy importante observar que incluso aquellos materiales que habían encontrado una forma escrita siguieron transmitiéndose de forma oral en la antigüedad. Esto resulta evidente en el caso de los evangelios canónicos, cuando se reflexiona sobre el hecho de que eran leídos regularmente en las celebraciones litúrgicas. Las narraciones de los evangelios canónicos entran de este modo en una fase de oralidad nueva, secundaria, en la que quedan expuestas a una reformulación libre y, sobre todo, a una asimilación armonizadora de las diferentes versiones. De este modo se explica que los evangelios canónicos pudieran ejercer una influencia indirecta en la composición de los textos apócrifos.

En la selección de textos para esta introducción a los evangelios apócrifos tenemos que proceder pragmáticamente, sin dejarnos limitar demasiado por problemas de definiciones y por el estado de las fuentes disponibles. Esto significa, en primer lugar, que hemos de tener en cuenta los escritos de Nag Hammadi en varios capítulos de este libro. Los criterios que guían el tratamiento de un texto en mayor o menor detalle (o su exclusión completa) son su antigüedad, sus contenidos, su significado, la medida en que es conocido y la historia de su influencia. Quisiera que los resúmenes, a pesar de su brevedad, y las indicaciones bibliográficas animaran a los lectores a emprender su propio camino de exploración en un mundo fascinante que es muy poco conocido.

Termino esta introducción con un ejemplo de una lista canónica, no porque en ella se condene sistemáticamente a toda una serie de teólogos, sino más bien para dar una idea de la gran cantidad de escritos apócrifos que eran conocidos en el siglo VI. Elegimos para ello el Decreto Gelasiano antes mencionado (cf. NTApo[6] I, 30-33; para

mayor información, sobre todo acerca de los teólogos condenados, véase E. von Dobschütz, TU 38,4 [1912]):

«La Iglesia católica y apostólica romana no recibe en modo alguno los demás (escritos) que fueron compilados o reconocidos por los herejes o cismáticos; de éstos consideramos correcto citar a continuación algunos que han sido transmitidos y que han de ser rechazados por los católicos:

En primer lugar, confesamos que el Sínodo de Ariminum [Rimini], convocado por el emperador Constancio, hijo de Constantino, a través del prefecto Tauro, ha sido, es y será siempre condenado.

El Itinerario (relato de viaje) bajo el nombre del apóstol Pedro, denominado Los nueve Libros 9 de san Clemente	apócrifo
Hechos bajo el nombre del apóstol Andrés	apócrifo
Hechos bajo el nombre del apóstol Tomás	apócrifo
Hechos bajo el nombre del apóstol Pedro	apócrifo
Hechos bajo el nombre del apóstol Felipe	apócrifo
Evangelio bajo el nombre de Matías	apócrifo
Evangelio bajo el nombre de Bernabé	apócrifo
Evangelio bajo el nombre de Santiago el Menor	apócrifo
Evangelio bajo el nombre del apóstol Pedro	apócrifo
Evangelio bajo el nombre de Tomás, usado por los maniqueos	apócrifo
Evangelios bajo el nombre de Bartolomé	apócrifos
Evangelios bajo el nombre de Andrés	apócrifos
Evangelios falsificados por Luciano	apócrifos
Evangelios falsificados por Hesiquio	apócrifos
Libro sobre la infancia del Salvador	apócrifo
Libro sobre el nacimiento del Salvador y sobre María o la partera	apócrifo
Libro que es llamado El Pastor	apócrifo
Todos los libros que hizo Leucio, discípulo del diablo	apócrifos
Libro que es llamado Fundamento	apócrifo
Libro que es llamado Tesoro	apócrifo
Libro sobre las hijas de Adán: Leptogeneseos	apócrifo
Centón sobre Cristo, compuesto en versos virgilianos	apócrifo
Libro que es llamado Hechos de Tecla y Pablo	apócrifo
Libro que es atribuido a Nepote	apócrifo
Libro de proverbios, compilado por herejes y designado con el nombre de Sixto	apócrifo
Apocalipsis, atribuido a Pablo	apócrifo
Apocalipsis, atribuido a Tomás	apócrifo
Apocalipsis, atribuido a Esteban	apócrifo

Libro que es llamado Asunción de santa María	apócrifo
Libro que es llamado Penitencia de Adán	apócrifo
Libro sobre el gigante Ogias, que, según afirman los herejes, luchó contra el dragón después del diluvio	apócrifo
Libro que es llamado Testamento de Job	apócrifo
Libro que es llamado Penitencia de Orígenes	apócrifo
Libro que es llamado Penitencia de san Cipriano	apócrifo
Libro que es llamado Penitencia de Janés y Jambrés	apócrifo
Libro que es llamado Suerte de los Apóstoles	apócrifo
Libro que es llamado Suertes (?) de los Apóstoles	apócrifo
Libro que es llamado Cánones de los Apóstoles	apócrifo
El libro Fisiólogo, compilado por herejes y designado con el nombre del bienaventurado Ambrosio	apócrifo
La Historia de Eusebio Pánfilo	apócrifo
Obras de Tertuliano	apócrifas
Obras de Lactancio (*adición posterior:* o de Firmiano o del Africano)	apócrifas
Obras de Postumiano y Gallo	apócrifas
Obras de Montano, de Priscila y de Maximila	apócrifas
Obras de Fausto, el maniqueo	apócrifas
Obras de Comodiano	apócrifas
Obras del otro Clemente, de Alejandría	apócrifas
Obras de Tascio Cipriano	apócrifas
Obras de Arnobio	apócrifas
Obras de Ticonio	apócrifas
Obras de Casiano, presbítero de Galia	apócrifas
Obras de Victorino de Pettau	apócrifas
Obras de Fausto de Riez en Galia	apócrifas
Obras de Frumencio el ciego	apócrifas
Epístola de Jesús a Abgaro	apócrifa
Epístola de Abgaro a Jesús	apócrifa
Pasión (Actas de los Mártires) de Quiricio y Julita	apócrifa
Pasión de Jorge	apócrifa
Escrito que es llamado Prohibición (¿Exorcismo?) de Salomón	apócrifo
Todos los Amuletos, que fueron compuestos, no en nombre de los ángeles como pretenden algunos, sino en nombre de los mayores demonios	apócrifos

Estos y otros escritos semejantes, como los de Simón el Mago, Nicolás, Cerinto, Marción, Basílides, Ebión, Pablo de Samosata, Fotino y Bonoso, que adolecieron de errores similares, también Montano con sus detestables

seguidores, Apolinar, Valentín el maniqueo, Fausto el Africano, Sabelio, Arrio, Macedonio, Eunomio, Novato, Sabacio, Calixto, Donato, Eustacio, Joviano, Pelagio, Juliano de Eclano, Celestio, Maximiano, Prisciliano de España, Nestorio de Constantinopla, Máximo el Cínico, Lampecio, Dióscoro, Eutico, Pedro y el otro Pedro, uno que marchó a Alejandría y el otro a Antioquía, Acacio de Constantinopla y sus partidarios, y también lo que todos los discípulos de la herejía y de los herejes y los cismáticos, cuyos nombres ni siquiera retenemos, enseñaron o escribieron, declaramos que no sólo son eternamente rechazados, sino también alejados de toda la Iglesia romana católica y apostólica, y condenados con los autores y sus seguidores bajo el vínculo indisoluble del anatema».

BIBLIOGRAFÍA

S. BYRSKOG, *Story as History.*

H. KOESTER, *Ancient Christian Gospels.*

D. LÜHRMANN, *Fragmente apokryph gewordener Evangelien.*

C. MARKSCHIES, «*Neutestamentliche Apokryphen.* Bemerkungen zu Geschichte und Zukunft einer von Edgar Hennecke im Jahr 1904 begründeten Quellensammlung», en *Apocrypha* 9 (1998) 97-132.

R.J. MILLER, *The Complete Gospels.*

W. REBELL, *Neutestamentliche Apokryphen,* 11-20.

Conclusión

En la introducción empezábamos preguntándonos: «¿Qué son los evangelios «apócrifos»?». Para responder a esta pregunta tenemos que saber primero qué es un «evangelio», lo cual, a pesar de la naturalidad con que solemos usar este concepto, plantea un problema no menos espinoso. Martín Lutero evocó elocuentemente el uso de los primeros cristianos cuando observó que es incorrecto «contar cuatro evangelistas y cuatro evangelios», pues en realidad hay un solo evangelio; y definió el contenido de este evangelio del modo siguiente, en el prólogo a su comentario a la Primera carta de Pedro:

> «Ahora bien, "evangelio" significa, sencillamente, un sermón y un grito sobre la gracia y la misericordia de Dios, merecida y conseguida por Cristo, el Señor, con su muerte. El evangelio no es lo que encontramos en libros, escrito con letras, sino más bien un sermón oral y una palabra viva, y una voz que resuena en todo el mundo y se alza públicamente, de tal manera que se escucha en todas partes» (Weimarer Ausgabe, vol. 12 [1891] 259).

El desarrollo que va de la predicación oral, con el evangelio como contenido, al género literario escrito que lleva la palabra «evangelio» en su título no fue en absoluto tranquilo, y tenemos que estar alerta frente a la suposición de que los textos de los evangelios sencillamente suprimieron el concepto kerigmático de «evangelio» (es decir, el evangelio como proclamación oral). De hecho, ambas realidades permanecen interrelacionadas de manera dinámica. El primer versículo del *Evangelio de Marcos* constituye una etapa importante dentro de este proceso: «Comienzo del evangelio de Jesucristo» (Mc 1,1). El mensaje del reino de Dios, anunciado por el mismo Jesús, y la buena nueva de la acción de Dios en y por Jesús de Nazaret, son transforma-

mos que añadir que tales motivos dominan también los relatos de otras vidas: la de María, su madre, la de José, su padre, y las de Juan el Bautista, José de Arimatea, Nicodemo, Bartolomé/Natanael, Pilato y otros muchos.

Esta curiosidad y este anhelo de más información no dejaron de existir de repente a finales del periodo patrístico. A lo largo de toda la Edad Media se siguieron componiendo nuevos apócrifos, en cierta medida usando y ampliando los textos existentes. Esta literatura quería servir como lectura edificante para los cristianos. Un ejemplo particularmente notable es el de la Iglesia irlandesa, con su rico tesoro de apócrifos medievales, algunos de los cuales no han sido aún publicados. En ellos encontramos textos que no se han conservado en otras fuentes, como las lamentaciones cantadas por cuatro madres después de la matanza de los Inocentes, o la pasión del soldado Longinos (cf. McNamara). En este periodo tardío, el problema de la delimitación adopta una forma muy diferente: ¿qué distingue a esos escritos apócrifos de las leyendas sobre los santos?; ¿tienen que ser clasificados los apócrifos dentro del amplio género de la hagiografía?

No se puede mantener que todos los apócrifos compuestos en la Edad Media fueron fruto de lo que Bauer llamaba «ingenua curiosidad». Tenemos que contar con la posibilidad de la falsificación intencionada, justamente en este periodo tardío (como hemos visto en los casos del *Evangelio secreto de Marcos* y el *Evangelio de Bernabé*). Ésta es la oscura sombra que se cierne en adelante sobre la composición de nuevos apócrifos.

Desde la perspectiva de Ireneo o de Orígenes, por ejemplo, las razones que motivaron la composición de otro grupo de evangelios apócrifos no son nada «inofensivas». Gracias a los Padres de la Iglesia, sabemos que los cristianos de tendencia gnóstica crearon sus propios textos de referencia; en particular, Epifanio de Salamina proporciona muchos detalles al respecto. Los descubrimientos de Nag Hammadi han ampliado sobremanera nuestro conocimiento de esta literatura. El punto de intersección más evidente entre los escritores patrísticos y los escritos de Nag Hammadi es el *Evangelio de Tomás,* porque ya se habían descubierto papiros griegos con fragmentos de esta colección de *logia.* Las formas más características de esta biblioteca son los evangelios en forma de diálogo, textos que contienen revelaciones celestes, tratados teológicos de todas las clases y hasta exposiciones sobre los primeros capítulos del Génesis. A veces parece que se ha tomado deliberadamente la decisión de adherirse a los cuatro evangelios que pasarían a formar parte del canon, bien usando el término «evangelio», bien apelando a figuras de autoridad como Tomás, Felipe y Juan o María Magdalena –la gran sorpresa del gnosticismo–. En el futuro, para los estudiosos de los apócrifos, la investigación sobre la gnosis será aún más importante; así mismo, los estudiosos de la gnosis dependerán más que nunca del estudio de los apócrifos. Éste podría ser un efecto colateral positivo del presente libro, que demuestra que es imposible presentar los apócrifos sin ofrecer también información básica sobre los escritos de Nag Hammadi y la gnosis cristiana primitiva.

Cuando recorremos los textos que hemos estudiado, observamos una penosa laguna que resulta evidente, a saber, la ausencia de evangelios judeo-cristianos auténticos. Los pocos fragmentos que poseemos –gracias a las citas de los Padres, que, al parecer, a veces no los entendieron– hacen que esta laguna resulte aún más penosa, especialmente porque el mismo hecho de que estos textos no se hayan conservado indica que la separación entre el judaísmo y el cristianismo no fue en modo alguno un proceso pacífico. Por esta razón hemos optado conscientemente por incluir una respuesta judía en la forma de un anti-evangelio.

Esto nos lleva de nuevo a Walter Bauer, quien, además del libro *Das Leben Jesu im Zeitalter der neutestamentlichen Apokryphen* [«La vida de Jesús en el periodo de los apócrifos neotestamentarios»] –que constituye un logro admirable para el tiempo en que fue escrito y sigue siendo extraordinariamente instructivo–, escribió una obra titulada *Rechtgläubigkeit und Ketzerei im ältesten Christentum* [«Ortodoxia y herejía en el cristianismo más primitivo»], donde afirma que la herejía fue cronológicamente anterior a la ortodoxia. Para sostener su tesis se remite a escritos apócrifos como el *Evangelio de los egipcios,* el texto griego básico de los cristianos gentiles en Egipto, y el *Evangelio de los hebreos,* el texto básico de los judeo-cristianos de Judea. La propuesta de Bauer sigue siendo estimulante, a la vez que controvertida. Nosotros hemos ofrecido una valoración un tanto diferente de sus dos testigos principales (*vide supra,* capítulos 3 y 4) y podemos afirmar que las fronteras que él trazó no se pueden mantener con la misma nitidez, ya que no existe una secuencia cronológica bien definida en la que la «or-

todoxia» reemplace a la «herejía». Más bien, ambas coexistieron durante un tiempo con fronteras variables, de modo que es difícil asignar una clasificación exacta a muchos textos, tanto a los que pasaron a ser «apócrifos» como a los que entraron a formar parte del canon. Las controversias en torno al supuesto carácter gnóstico del *Evangelio de Juan* son un elocuente recordatorio de este problema.

Terminemos, pues, con un texto apócrifo que es muy adecuado como punto de integración. Se trata de un texto que hunde sus raíces en la tradición sapiencial judía, tiene ecos en la tradición sinóptica en torno a Jesús, está atestiguado en el *Evangelio a los hebreos* y en el *Evangelio de Tomás,* y su motivo fundamental de buscar, encontrar y descansar resuena en otros muchos textos estudiados en este libro (véase el «Índice analítico y onomástico»); además, está directamente relacionado con el núcleo secreto de varios evangelios apócrifos, a saber, la búsqueda de la interpretación y el significado de la palabra, la obra y la persona de Jesús de Nazaret:

> «El que busca, que siga buscando hasta encontrar.
> Cuando encuentre, se turbará.
> Cuando esté turbado, empezará a admirarse.
> Cuando empiece a admirarse, reinará.
> Cuando empiece a reinar, encontrará descanso» (EvTom 1s).

Bibliografía

W. Bauer, *Leben Jesu.*

W. Bauer, *Rechtgläubigkeit und Ketzerei im ältesten Christentum* (BHTh 10), Tübingen 1934, 1964².

S. Byrskog, *Story as History.*

D. Dormeyer, *Evangelium als literarische und theologische Gattung* (EdF 263), Darmstadt 1989.

H. Frankemölle, *Evangelium: Begriff und Gattung. Ein Forschungsbericht* (SBB 15), Stuttgart 1994².

T.K. Heckel, *Vom Evangelium des Markus zum viergestaltigen Evangelium* (WUNT 120), Tübingen 1999.

M. Hengel, *The Four Gospels and the One Gospel of Jesus Christ: An Investigation of the Collection and Origin of the Canonical Gospels,* London 2000.

M. McNamara, *The Apocrypha in the Irish Church,* Dublin 1975.

Bibliografía general

Las abreviaturas se toman de S. Schwertner, *Internationales Abkürzungsverzeichnis für Theologie und Grenzgebiete,* Berlin 1992². En las bibliografías de cada uno de los apartados de este libro, las obras enumeradas a continuación se citan sólo por el nombre del autor y un título abreviado.

1. Fuentes y traducciones

C. von Tischendorf, *Evangelia Apocrypha,* Leipzig 1876²; reimpr.: Hildesheim 1966, 1987 (fue durante mucho tiempo, y sigue siendo en algunos casos, el principal medio de acceso a los textos originales).

E. Klostermann, *Apocrypha* I (KlT 3), Berlin 1929³; *Apocrypha* II (KlT 8), Berlin 1929³; *Apocrypha* III (KlT 11), Bonn 1911².

E. Preuschen, *Antilegomena. Die Reste der außerkanonischen Evangelien und urchristlichen Überlieferungen,* Gießen 1905².

W. Schneemelcher, *Neutestamentliche Apokryphen in deutscher Übersetzung,* Vol. I: *Die Evangelien,* Tübingen 1990⁶ (reimpresión de 1987⁵; también en rústica: 1999); abreviatura: NTApo I (la obra fundamental en alemán; sobre la preparación de una nueva edición, véase la «Introducción»).

W. Michaelis, *Die apokryphen Schriften zum Neuen Testament* (Sammlung Dieterich 129), Bremen 1962³.

E. Weidinger, *Die Apokryphen. Verborgene Bücher der Bibel,* Aschaffenburg 1985.